

DOCUMENTOS

LAS CAUSAS DE LA CRISIS ECONÓMICA *

Ludwig von Mises

I. Naturaleza y función del mercado

1. El mito marxista de la "anarquía de la producción"

La crítica marxista censura el orden social capitalista por la anarquía y la falta de planificación de sus métodos de producción. Afirma que todos los empresarios producen a ciegas, guiados sólo por el afán de lucro, sin que les importe en absoluto si las actividades que desarrollan satisfacen o no una necesidad. Por lo tanto, no es de extrañar, según este punto de vista, que surjan una y otra vez graves perturbaciones en forma de crisis económicas periódicas. Los marxistas sostienen que sería inútil que el capitalismo quisiera luchar contra estos males: sólo el socialismo proporcionará el remedio reemplazando la anárquica economía basada en el lucro por un sistema económico planificado, tendiente a satisfacer las necesidades de la sociedad.

Estrictamente hablando, con el reproche de que la economía de mercado es "anarquista" lo único que se dice es que no es socialista o, en otras palabras, que el verdadero manejo de la producción no depende de un organismo central que dirige el uso y empleo de todos los factores de producción, sino que está en manos de los empresarios y los dueños de los medios de producción. Por lo tanto, calificar de "anarquista" a la economía capitalista sólo significa que la producción capitalista no es una función de las instituciones gubernamentales.

Sin embargo, la palabra "anarquía" conlleva otras connotaciones. Habitualmente la empleamos para referirnos a condiciones sociales en las cuales, por falta de un aparato gubernamental fuerte destinado a preservar la paz y asegurar el respeto por la ley, prevalecen el caos y una permanente situación de conflicto. Por consiguiente, asociamos la palabra "anarquía" con el concepto de condiciones intolerables. Los teóricos marxistas se complacen en utilizar tales expresiones y necesitan las implicaciones que éstas encierran para despertar simpatías y antipatías emocionales que suelen obstaculizar o impedir el análisis crítico. El slogan de la "anarquía de la producción" ha cumplido a la perfección este servicio. Generaciones enteras se dejaron confundir por ese slogan, que influyó en las ideas políticas y económicas de todos los partidos políticos actualmente activos e incluso, en medida considerable, en aquellos que se declaran abiertamente antimarxistas.

2. El papel y el poder de los consumidores

Aun si el método capitalista de producción fuese "anarquista", es decir, que careciera de la regulación sistemática proveniente de un organismo central, aun si los capitalistas y los empresarios, movidos por la esperanza de obtener ganancias, actuaran, en efecto, independientemente unos de otros, sería totalmente erróneo suponer que no organizarían la producción de acuerdo con pautas

* Conferencia pronunciada por el autor el 28 de febrero de 1931 en TeplitzSchönau, Checoslovaquia, ante una asamblea de industriales alemanes. Publicada bajo el título *Die Ursachen der Wirtschaftskrise: Ein Vortrag*, Tübingen, J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 1931. Traducido de *On the Manipulation of Money and Credit*, Bettina Bien Greaves y Percy L. Greaves, Jr., eds., New York, Free Market Books, 1978, pp. 173-203.

encaminadas a satisfacer determinadas necesidades. Es inherente a la naturaleza de la economía capitalista el hecho de que, en última instancia, el empleo de los factores de producción sólo apunta a servir los deseos de los consumidores. Al asignar los bienes de capital y de trabajo, los empresarios y los capitalistas se ven obligados, por fuerzas que no pueden eludir, a satisfacer en lo posible las necesidades de los consumidores, de acuerdo con el nivel de la riqueza económica y la tecnología. Por lo tanto, el contraste que suele establecerse entre el método capitalista de producción, como producción destinada al lucro, y el método socialista de producción, como producción destinada al uso, es completamente engañoso. En la economía capitalista, la demanda de los consumidores es la que determina la pauta y la dirección de la producción, precisamente porque los empresarios y los capitalistas *deben* tomar en cuenta la rentabilidad de sus empresas.

Una economía basada en la propiedad privada de los medios de producción se torna significativa a través del mercado. El mercado opera modificando el tope de los precios de suerte que la oferta y la demanda tiendan a coincidir. Si aumenta la demanda de un producto, aumentará entonces su precio, y este aumento del precio conduce a un incremento de la oferta. Los empresarios tratan de producir aquellos bienes cuya venta les brinde la mayor ganancia posible. Expanden la producción de cualquier producto en particular hasta el punto en que deja de ser lucrativa. Si los empresarios sólo producen aquellos bienes cuya venta promete dar beneficios, esto significa que no producirán ninguno de los artículos primarios cuya manufactura exige la utilización de bienes de capital y de trabajo que son necesarios para la manufactura de otros artículos primarios requeridos más urgentemente por los consumidores.

En última instancia, son los consumidores quienes deciden qué y cómo se debe producir. Las leyes del mercado obligan a empresarios y capitalistas a obedecer los pedidos de los consumidores y a satisfacer sus deseos con el menor gasto posible de tiempo y de bienes de capital y de trabajo. La competencia se encarga de que los empresarios y los capitalistas que no están a la altura de las exigencias del mercado pierdan sus posiciones de control sobre el proceso de producción. Si no pueden hacer frente a la competencia, es decir, si son capaces de satisfacer los deseos de los consumidores produciendo mejor y más barato, sufrirán pérdidas que reducirán su importancia en el proceso económico. Si no corrigen prontamente las deficiencias en el manejo de sus empresas y sus inversiones de capital, serán eliminados por completo a través de la pérdida del capital y de su posición empresarial. En lo sucesivo, deberán contentarse con desempeñar un papel más modesto como empleadores y tener un nivel de ingresos más reducido.

3. Producción destinada al consumo

Las leyes del mercado se aplican también a la mano de obra. Al igual que otros factores de producción, la mano de obra se evalúa también de acuerdo con su utilidad para satisfacer las necesidades humanas. Su precio -la tasa salarial- es un fenómeno del mercado, como lo es cualquier otro fenómeno del mercado, y está determinado por la oferta y la demanda, por el valor que el producto de esa mano de obra tiene a los ojos de los consumidores. Mediante la transferencia del tope salarial de un área a otra de la economía, el mercado encauza a los trabajadores hacia aquellas ramas de la producción donde más se los necesita. De este modo, el mercado suministra a cada tipo de empleo la cantidad y calidad de mano de obra indispensable para satisfacer de la mejor manera posible las necesidades de los consumidores.

En la sociedad feudal los hombres se enriquecían con la guerra, la conquista o la prodigalidad del soberano, mientras que, si eran derrotados en el campo de batalla o perdían el favor del monarca, quedaban reducidos a la pobreza. En la sociedad capitalista los hombres se enriquecen

--directamente, como productores de bienes de consumo, o indirectamente, como productores de materias primas y artículos semielaborados---- sirviendo a gran número de consumidores. Esto significa que los hombres que se hacen ricos en la sociedad capitalista están sirviendo a la población. La economía capitalista de mercado es una democracia en la cual cada centavo constituye un voto. La fortuna y prosperidad de los hombres de negocios es el resultado de un plebiscito de los consumidores. La riqueza, una vez adquirida, sólo podrá ser preservada por aquellos que continúan ganando dinero porque satisfacen los deseos de los consumidores.

Por lo tanto, el orden social capitalista es una democracia económica en el más estricto sentido de la palabra. En última instancia, todas las decisiones dependen de la voluntad del público consumidor. De este modo, siempre que se plantea un conflicto entre las opiniones de los consumidores y las de los hombres de negocios, las presiones del mercado aseguran que finalmente se impongan los puntos de vista de los consumidores. Esta democracia difiere considerablemente, sin duda, de la democracia seudoeconómica que aspiran a alcanzar los sindicatos. En el sistema que ellos proponen se supone que las personas dirigirían la producción como productores, no como consumidores. Ejercerían influencia, no como compradores de productos, sino como vendedores de mano de obra, es decir, como vendedores de uno de los factores de producción. Si se estableciera este sistema, desorganizaría todo el aparato productivo y de este modo destruiría nuestra civilización. Lo absurdo de esta posición resulta evidente si consideramos que la producción no es un fin en sí mismo, Su propósito es servir al consumo.

4. Carácter pernicioso de la "política de los productores"

Bajo la presión del mercado, empresarios y capitalistas deben organizar la producción con el fin de que satisfaga los deseos de los consumidores. Las medidas que toman y lo que requieren de los trabajadores están determinados siempre por la obligación de satisfacer las necesidades más urgentes de los consumidores, lo cual, precisamente, garantiza que la voluntad de éstos será la única pauta rectora de la actividad comercial. Sin embargo, se suele reprochar al capitalismo porque privilegia la lógica de la conveniencia por encima de los sentimientos y encara los problemas económicos en forma desapasionada e impersonal con el único propósito de obtener beneficios monetarios. El hecho de que el mercado obligue al empresario a manejar sus negocios de modo tal que reditúen la mayor utilidad posible es precisamente lo que asegura que las necesidades de los consumidores serán cubiertas de la manera más eficaz y más barata. Si las empresas no tomaran en consideración el beneficio potencial, sino los deseos de los trabajadores, organizando el trabajo para su mayor conveniencia (la de los trabajadores), lesionarían los intereses de los consumidores. Si el empresario se propone obtener el mayor beneficio posible en el manejo de su empresa, cumple un servicio para la sociedad. Todo aquel que le impida prestar ese servicio, con el fin de privilegiar otras consideraciones que nada tienen que ver con las utilidades comerciales, actúa contra los intereses de la sociedad y pone en peligro la satisfacción de las necesidades de los consumidores.

Los trabajadores y los consumidores son, por supuesto, idénticos. Si hacemos una distinción entre ellos, sólo estamos diferenciando mentalmente las respectivas funciones que cumplen dentro del marco económico, Pero no por ello debemos cometer el error de pensar que se trata de grupos diferentes de personas. El hecho de que los empresarios y los capitalistas también sean consumidores, desempeña cuantitativamente un papel menos importante; para la economía de mercado, el consumo significativo es el consumo masivo. La producción capitalista está principalmente, en forma directa o indirecta, al servicio del consumo de masas. Por lo tanto, la única manera de mejorar la situación del consumidor consiste en lograr que las empresas sean todavía más

productivas o que, como suele decirse actualmente, se racionalicen¹ aun más. Sólo si queremos reducir el consumo tendremos que instar a la aplicación de lo que se conoce como "política de los productores", es decir, específicamente, la adopción de aquellas medidas que colocan los intereses de los productores por encima de los intereses de los consumidores.

La oposición a las leyes económicas que el mercado establece para la producción se realiza siempre a expensas del consumo. Esto debe tenerse en cuenta siempre que se propugnan intervenciones destinadas a liberar a los productores de la necesidad de obrar de acuerdo con las leyes del mercado.

Los procesos del mercado dan sentido a la economía capitalista obligando a empresarios y capitalistas a satisfacer las necesidades del consumidor. Si se interfiere el funcionamiento de estos complejos procesos se producen perturbaciones que obstaculizan la adecuación de la oferta a la demanda y desvían la producción hacia otros caminos que le impiden alcanzar la meta de la actividad económica, es decir, la satisfacción de las necesidades del consumidor.

Estas perturbaciones constituyen las crisis económicas.

II. Cambios cíclicos en las condiciones comerciales

1. El papel de las tasas de interés

En nuestro sistema económico, las épocas de bonanza alternan más a menos regularmente con las épocas de malos negocios. La declinación sigue a la prosperidad económica, la prosperidad sigue a la declinación, y así sucesivamente. Este problema de los cambios cíclicos en las condiciones comerciales llamó considerablemente la atención de los teóricos de la economía, lo cual es bastante comprensible. En un principio se formularon diversas hipótesis que no resistieron el análisis crítico. Finalmente, sin embargo, se desarrolló una teoría de las fluctuaciones cíclicas que respondía a las exigencias que legítimamente cabía esperar para una solución científica del problema. Se trata de la Teoría de la Circulación del Crédito, llamada comúnmente Teoría Monetaria de los Ciclos Comerciales, que es reconocida generalmente por la ciencia. Todas las medidas de la política cíclica que se toman con seriedad proceden del razonamiento subyacente en la base de esta teoría.

De acuerdo con la Teoría de la Circulación del Crédito (Teoría Monetaria de los Ciclos Comerciales), los cambios cíclicos en las condiciones económicas provienen de los intentos de reducir artificialmente las tasas de interés sobre los préstamos a través de medidas de política bancaria: expansión del crédito bancario mediante la emisión o creación de medios fiduciarios adicionales (esto es, billetes de banco y /o depósitos de cheques que no tienen un 100 % de respaldo oro). En un mercado que no es perturbado por la interferencia de dicha política bancaria "inflacionista" se establecen tasas de interés que permiten disponer de los medios necesarios para llevar a cabo todos los planes y emprendimientos que se inicien. Tales tasas de interés en un mercado no controlado se conocen como tasas de interés "naturales" o "estáticas". Si persistiéramos en aplicar esas tasas de interés, el desarrollo económico proseguiría sin interrupción, salvo en el caso de cataclismos naturales o de acontecimientos de carácter político, tales como guerras,

¹ Término indefinido para designar una organización más eficiente de la producción industrial mediante el uso de técnicas más modernas de automatización y mecanización. Con el tiempo llegó a implicar que la planificación central y la regulación gubernamental son útiles para eliminar la competencia. "antieconomía". El término se aplicó más tarde a los planes nazis y soviéticos para la organización industrial

revoluciones, etc. El hecho de que el desarrollo económico sigue una pauta fluctuante debe atribuirse a la intervención de los bancos a través de su política de tasas de interés.

Entre los políticos, los hombres de negocios, la prensa y la opinión pública prevalece generalmente el punto de vista de que la reducción de las tasas de interés por debajo de aquellas establecidas por las condiciones del mercado es una meta valiosa para la política económica y que el camino más simple para alcanzar esta meta es la expansión del crédito bancario. Bajo la influencia de este punto de vista se intentó reiteradas veces estimular una reactivación económica mediante la concesión de préstamos adicionales. En un principio, el resultado de esta expansión crediticia responde, sin duda, a las expectativas. Se produce una reactivación de los negocios y comienza un período de prosperidad. Sin embargo, el efecto estimulante de la expansión del crédito no puede perdurar eternamente. Tarde o temprano el "boom" comercial creado de este modo se viene abajo.

Cuando regían las tasas de interés establecidas por el mercado, antes de que los bancos interfirieran mediante la creación de créditos adicionales, sólo parecían ser lucrativas aquellas empresas y negocios para los cuales los factores necesarios para la producción estaban disponibles en la economía. Pero cuando las tasas de interés se reducen a través de la expansión del crédito, algunos negocios que anteriormente no parecían lucrativos, ahora parecen serlo. El hecho de que se emprendan tales negocios es precisamente lo que inicia el "boom", la tendencia ascendente. Sin embargo, la economía no es suficientemente rica para financiar dichos emprendimientos. Los recursos que se necesitan para llevar a feliz término esas nuevas empresas no están disponibles y tendrán que retirarlos de otras empresas. Si hubieran contado con esos medios, la expansión del crédito no habría sido necesaria para posibilitar la realización de los nuevos proyectos.

2. La secuela de la expansión del crédito

La expansión del crédito no puede incrementar la oferta de bienes reales. Simplemente produce un reordenamiento. Desvía las inversiones de capital del curso prescripto por el estado de la riqueza económica y de las condiciones del mercado. Obliga a la producción a tomar caminos que no habría seguido a menos que la economía experimentara un incremento de los bienes materiales. Como resultado, la reactivación carece de una base sólida. No es una verdadera prosperidad. Es una prosperidad *ilusoria*. No se ha desarrollado debido a un incremento de la riqueza económica, sino porque la expansión crediticia creó la ilusión de que se ha producido tal incremento. Tarde o temprano se pondrá de manifiesto que esta reactivación económica se ha edificado sobre arena.

Tarde o temprano, la expansión del crédito mediante la creación de medios fiduciarios adicionales deberá llegar a su fin. Incluso si los bancos quisieran continuar indefinidamente con esta política no podrían hacerlo, ni siquiera si se vieran obligados a aplicarla por la influencia de fuertes presiones exteriores. El continuo incremento de la cantidad de medios fiduciarios conduce a incesantes aumentos de los precios. La inflación sólo puede continuar mientras persista la opinión generalizada de que ese proceso inflacionario se detendrá en un futuro previsible. Sin embargo, una vez que se afianza el convencimiento de que no se puede detener la inflación, se desencadena el pánico. Para evaluar el valor del dinero y de los artículos primarios el público toma en cuenta de antemano los futuros aumentos de precios, es decir, las expectativas inflacionarias. En consecuencia, los precios siguen su desenfrenada carrera rompiendo todos los límites. El público le da la espalda al dinero que está comprometido por el incremento de los medios fiduciarios y "huye" hacia las divisas, las barras de metal, los "valores reales" o el trueque. En suma, la moneda se viene abajo.

La política de expansión del crédito se suele abandonar mucho antes de que se haya llegado a este punto crítico. Se la suspende a causa de la situación que se plantea en las relaciones comerciales

internacionales y, especialmente, debido a las experiencias de crisis anteriores que con frecuencia han conducido a limitar legalmente el derecho de los bancos centrales a emitir moneda y crear créditos adicionales. Sea como fuere, la política de expansión del crédito debe llegar a su fin, sea a corto plazo, a raíz de un cambio de la política bancaria, o más adelante, por un catastrófico colapso de la economía. Cuanto antes se ponga término a la política de expansión del crédito, menores serán los daños causados por la equivocada orientación de la actividad empresarial, más moderada será la crisis y más corto el período siguiente de estancamiento económico y depresión general.

La aparición de crisis económicas periódicamente recurrentes es la consecuencia necesaria de los intentos, renovados una y otra vez, de reducir las tasas "naturales" de interés del mercado por medio de la política bancaria. Las crisis no desaparecerán nunca mientras los hombres no aprendan a evitar tal inyección de "fondos", porque un "boom" estimulado artificialmente conduce de manera inevitable a la crisis y la depresión.

III. La crisis actual

La crisis que ahora estamos sufriendo es también el resultado de una expansión del crédito, la secuela inevitable de un "boom". Este tipo de crisis sigue necesariamente a todo "boom" generado por el intento de reducir la "tasa natural de interés" mediante el incremento de los medios fiduciarios. Sin embargo, la crisis actual difiere en algunos aspectos esenciales de crisis anteriores, así como el "boom" precedente se diferenció de otros períodos anteriores de florecimiento económico.

El período de prosperidad más reciente no completó su curva de desarrollo normal, al menos en Europa. Algunos países y algunas ramas de la producción no se vieron afectados en general por ese "boom" que, en muchos lugares, fue bastante turbulento. Vestigios de la depresión anterior continuaron haciéndose sentir, incluso en el período de florecimiento. Por ese motivo -de acuerdo con nuestra teoría y sobre la base de la experiencia pasada-, hubiéramos podido suponer que esta vez la crisis sería más moderada. Sin embargo, es sin duda mucho más grave que las crisis anteriores, y no parece probable que las condiciones económicas mejoren en el corto plazo.

La falta de rentabilidad de muchas ramas de la producción y el desempleo que afecta a una parte considerable de la clase trabajadora no pueden deberse únicamente, como es obvio, a una retracción de los negocios. Tanto la falta de rentabilidad como el desempleo se intensifican en estos momentos por la depresión general. Sin embargo, en este período de posguerra se han convertido en fenómenos duraderos que no desaparecen del todo ni siquiera durante el período de auge económico. Nos encontramos aquí frente a un nuevo problema que no se puede explicar apelando únicamente a la teoría de los cambios cíclicos.

Consideremos en primer término el desempleo.

A. El desempleo

1. El proceso de las tasas salariales del mercado

Las tasas salariales son fenómenos del mercado, como lo son las tasas de interés y los precios de los artículos de primera necesidad; están determinadas por la productividad de la mano de obra. Con las tasas salariales hacia las cuales tiende el mercado, todos aquellos que buscan trabajo lo encuentran y todos los empresarios encuentran a los trabajadores que buscan. Sin embargo, los fenómenos interrelacionados del mercado a partir de los cuales se desarrollan las tasas salariales "estáticas" o

"naturales" sufren siempre cambios que generan transferencias de las tasas salariales entre los diversos grupos ocupacionales. Asimismo, transcurre siempre un determinado lapso antes de que se encuentren mutuamente los que buscan trabajo y los que lo ofrecen. En consecuencia, siempre habrá cierto número de desocupados.

Así como en un mercado no controlado hay siempre casas desocupadas y personas que buscan vivienda, así como en los comercios hay siempre mercaderías que no se venden y personas que no han encontrado aún las mercaderías que desean adquirir, de igual modo hay siempre personas que buscan trabajo. Sin embargo, en un mercado no controlado, este desempleo no puede alcanzar vastas proporciones. Aquellos capaces de trabajar no tendrán que buscar empleo durante mucho tiempo -meses o incluso años- sin encontrarlo.

Si después de transcurrido un largo tiempo, no encuentran el empleo que buscan dentro del radio de su ocupación anterior, deberán reducir sus pretensiones salariales o dirigirse a alguna otra rama de la producción que les ofrezca la posibilidad de obtener un salario más alto que el que ganaban antes. Para el empresario, dar empleo a los trabajadores es parte del negocio. Si la tasa salarial disminuye, la rentabilidad de su empresa aumentará y podrá emplear a mayor número de trabajadores. Por lo tanto, con la reducción de los salarios aumentará la demanda de mano de obra,

Esto no significa de ningún modo que el mercado tienda a reducir indefinidamente las tasas salariales. Así como la competencia entre los trabajadores tiende a bajar los salarios, de igual modo la competencia entre los empleadores tiende a elevarlos nuevamente. Por lo tanto, las tasas salariales del mercado resultan de la interacción de la oferta y la demanda.

La fuerza con que la competencia entre los empleadores afecta a los trabajadores se puede apreciar con toda claridad si examinamos el fenómeno de las dos migraciones masivas que tuvieron lugar durante el siglo xix y comienzos del xx. El conocido éxodo del campo a la ciudad se basaba en el hecho de que la agricultura, se veía obligada a dejar que los trabajadores del campo se incorporasen a la industria. La agricultura no podía pagar los salarios comparativamente más altos que ofrecía la industria y que en realidad ésta tenía que ofrecer con el fin de atraer a los trabajadores dedicados hasta ese momento a las tareas domésticas y a la agricultura. La corriente migratoria de los trabajadores provenía de regiones donde los salarios se mantenían bajos por las condiciones generales de producción, y se dirigía hacia las áreas donde la productividad posibilitaba el pago de salarios más altos.

Todo aumento de la productividad trae aparejado un incremento en el salario del trabajador. En el caso de las empresas productivas que quieren expandirse, el único medio de que disponen para atraer más trabajadores consiste en elevar la tasa salarial. El prodigioso mejoramiento del nivel de vida de las masas que acompañó al desarrollo del capitalismo es el resultado del aumento concomitante de los salarios reales y de la productividad industrial.

Este proceso de autoajuste del mercado está ahora seriamente perturbado por la interferencia de los sindicatos, cuya efectividad evolucionó gracias a la protección y la ayuda del poder gubernamental.

2-El punto de vista sindicalista sobre las tasas salariales

De acuerdo con la doctrina sindicalista, los salarios están determinados por el equilibrio de poder. Según este punto de vista, si los sindicatos consiguen intimidar a los empresarios a través de medidas de fuerza o de la amenaza de recurrir a ellas, y neutralizar a los trabajadores no agremiados mediante el uso de la fuerza bruta, los salarios podrán fijarse entonces en la tasa requerida, sin que aparezcan efectos colaterales indeseables. Por consiguiente, el conflicto entre empleadores y trabajadores parece ser una lucha en la cual la justicia y la moralidad están siempre del lado de los

asalariados. El interés sobre el capital y los beneficios empresariales parecen ser ganancias mal habidas. Según se afirma, provienen de la explotación del obrero y deberían reservarse para la creación de un fondo de ayuda al desempleo, el cual se constituiría no sólo con las tasas salariales incrementadas, sino también con impuestos y contribuciones destinadas al bienestar social que, en un régimen dominado por partidos prosindicalistas, han de utilizarse indirectamente para beneficio de los trabajadores.

Los sindicatos se valen de la fuerza para alcanzar sus metas. En las empresas industriales sólo permiten trabajar a los obreros agremiados que no aceptan salarios menores que los estipulados por el sindicato y trabajan de acuerdo con las normas prescriptas por éste. Si un empleador se niega a aceptar las condiciones impuestas por el sindicato, se declara la huelga. Aquellos obreros que, contrariando las directivas del sindicato, quieren concurrir al trabajo, son obligados a abandonar sus planes mediante actos de violencia. Esta táctica por parte de los sindicatos presupone, desde luego, que el gobierno consiente por lo menos tal comportamiento.

3. La causa del desempleo

Si el gobierno tomara medidas contra aquellos que agreden a los obreros que están dispuestos a ir al trabajo y contra los que destruyen las máquinas y equipos industriales de las empresas que quieren contratar a rompehuelgas, como lo hace normalmente contra cualquier otra manifestación de violencia, la situación sería muy diferente. Sin embargo, el rasgo característico de los gobiernos modernos es que han capitulado frente a los sindicatos.

Los sindicatos tienen ahora el poder de elevar las tasas salariales por encima de las que regirían en un mercado libre. Sin embargo, las intervenciones de este tipo provocan una reacción. Cuando rigen las tasas salariales determinadas por el mercado, todo aquel que busca trabajo puede encontrarlo. Ésta es precisamente la esencia de los salarios del mercado: se fijan en el punto en que la oferta y la demanda tienden a coincidir. Si las tasas salariales superan este punto, el número de trabajadores empleados disminuye. En consecuencia, el desempleo se instala como un fenómeno duradero. Cuando rigen las tasas salariales establecidas por los sindicatos, un número sustancial de trabajadores no puede encontrar ningún trabajo. Los incrementos salariales destinados a una parte de los trabajadores se consiguen a expensas de un número cada vez mayor de desocupados.

Los obreros sin trabajo probablemente tolerarían esta situación sólo durante un tiempo limitado. Por último dirían: "Es mejor un salario más bajo que ninguno". Incluso los propios sindicatos no podrían resistir la presión de centenares de miles o millones de desocupados que quieren conseguir trabajo. La política sindical de impedir el libre ejercicio del derecho a trabajar se vendría abajo y prevalecerían, una vez más, las tasas salariales establecidas por el mercado. Es aquí donde entra en juego la ayuda para el desempleo, y su papel (impidiendo que los trabajadores compitan en el mercado laboral) no requiere ninguna explicación adicional.

Por lo tanto, vemos que el desempleo, como fenómeno masivo duradero, es el resultado de la política de los sindicatos de elevar las tasas salariales. Sin el seguro de desempleo, esta política se habría desmoronado hace mucho tiempo. Por consiguiente, el seguro de desempleo no es un medio destinado a aliviar las necesidades causadas por la desocupación, como supone erróneamente la opinión pública; es, por el contrario, un eslabón de la cadena de causas que convierten realmente al desempleo en un fenómeno masivo duradero.

4-El remedio para el desempleo masivo

Esta interrelación se ha evidenciado de manera cada vez más clara en los últimos años. Con la debida cautela y con muchas reservas, incluso se admite generalmente que la política salarial de los sindicatos es responsable de la amplitud y duración del desempleo. Todas las propuestas serias para luchar contra el desempleo se basan en el reconocimiento de esta teoría. Cuando alguien propone reembolsar directa o indirectamente a los empresarios, con fondos públicos, una parte de sus costos salariales si dan empleo en sus fábricas a obreros desocupados, se está reconociendo que los empresarios emplearían a mayor número de trabajadores si la escala salarial fuera más baja. Cuando se sugiere que el gobierno nacional o municipal emprenda proyectos sin considerar su rentabilidad, proyectos que las empresas privadas no quieren llevar a cabo porque no son redituables, esto también significa, simplemente, que las tasas salariales son tan altas que no permiten que esos emprendimientos produzcan utilidades. (Dicho sea de paso, queremos señalar que esta última propuesta pasa por alto el hecho de que un gobierno sólo puede producir e invertir si recurre a la economía privada para obtener los medios necesarios. Por lo tanto, la puesta en práctica de esta propuesta aumenta por un lado el número de empleos, mientras los elimina por el otro.)

Si se quiere combatir el desempleo reduciendo las horas de trabajo, esta propuesta implica también el reconocimiento de nuestra tesis ya que, después de todo, procura acortar las horas de trabajo de modo tal que todos los desocupados encontrarán empleo, y así cada trabajador individual, en la medida en que tendrá menos horas de trabajo que las que tiene actualmente, recibirá una paga menor. Evidentemente, esta propuesta presupone que con la tasa salarial vigente hoy día, no habrá más puestos de trabajo. El hecho de que las tasas salariales son demasiado altas para dar empleo a todos los trabajadores es admitido también por todo aquel que pide a los obreros que incrementen la producción sin que se aumenten los salarios. Está de más decir que cuando se fija el salario por hora de trabajo, esto implica una reducción en el precio de la mano de obra. Si en el trabajo a destajo se reduce la cantidad de piezas que debe entregar el obrero, la mano de obra también sería más barata. Por lo tanto, el factor decisivo no es, evidentemente, el monto absoluto de las tasas salariales horarias o diarias, sino los costos salariales que permitan obtener una producción determinada.

La demanda de reducir las tasas salariales también se plantea ahora abiertamente. De hecho, muchas empresas ya han disminuido de manera sustancial las tasas salariales. Los órganos de prensa y los funcionarios del gobierno exhortan a los trabajadores a renunciar a algunas de sus demandas salariales y a sacrificarse en aras del bienestar general. Para que este sacrificio resulte soportable se les promete que habrá reducciones de precios, y los gobiernos tratan de asegurar estas reducciones presionando a los empresarios.

Sin embargo, como se reitera una y otra vez con considerable énfasis, el problema no consiste en reducir las tasas salariales, sino en restablecer la libertad para determinarlas. Es verdad que al principio esto podría conducir a una disminución de los salarios nominales para muchos sectores del trabajo. Sólo la libre determinación de las tasas salariales en el mercado laboral indicará hasta dónde deberán caer éstas para eliminar el desempleo como un fenómeno duradero. Las negociaciones entre los líderes sindicales y los sectores empresariales, con la cooperación de los funcionarios o sin ella, los arbitrajes u otras técnicas similares de intervención no son sustitutos válidos. La determinación de las tasas salariales debe volver a ser libre y no verse obstaculizada por las cachiporras de los piquetes de huelga ni por el aparato represivo del gobierno. Sólo si las tasas salariales se determinan libremente podrán cumplir con la función de equilibrar la oferta y la demanda en el mercado laboral.

5. Efectos de la intervención gubernamental

La demanda de que la reducción de los precios vaya unida a la reducción de las tasas salariales ignora el hecho de que éstas parecen demasiado altas precisamente porque la reducción prácticamente universal de los precios no ha sido acompañada por una reducción de los salarios. Es cierto que muchos artículos no pudieron bajar sus precios como hubiera sucedido en un mercado libre, sea porque dichos precios estaban protegidos por intervenciones gubernamentales especiales (arancelarias, p. ej.) o porque incluían costos sustanciales en forma de impuestos y tasas salariales más altas que las que regían en un mercado no controlado. La declinación del precio del carbón se mantuvo en Alemania a causa de la rigidez de las tasas salariales que, en la explotación de la antracita, llegan al 56 % del valor de la producción.⁽²⁾ El precio interno del hierro en Alemania puede mantenerse por encima del precio del mercado mundial sólo porque la política arancelaria permite la creación de un cartel nacional del hierro y acuerdos internacionales entre los carteles nacionales. También en este caso la única solución es terminar con las interferencias que impiden la libre formación de los precios en el mercado. No es necesario que el gobierno, los sindicatos, la opinión pública o cualquier otro sector impongan una reducción de los precios.

Para refutar la afirmación de que el desempleo se debe a la vigencia de salarios extremadamente altos, es erróneo invocar el argumento de que los salarios son aun más altos en otros países. Si los trabajadores gozaran de absoluta libertad de movimiento, en todo el mundo económico las tasas salariales tenderían a ser uniformes para trabajos similares. Sin embargo, en los últimos años la libertad de movimiento de los trabajadores se redujo considerablemente, e incluso llegó a desaparecer por completo. Los sindicatos piden al gobierno que prohíba la inmigración de trabajadores extranjeros por temor a que estos inmigrantes frustren la política sindical aceptando salarios inferiores a los exigidos por los sindicatos.

Si no hubiera habido restricciones a la inmigración, millones de trabajadores europeos habrían llegado a EE.UU. en las últimas décadas. Esta inmigración habría reducido las diferencias entre las tasas salariales vigentes en EE.UU. y en Europa. Al detenerse la corriente migratoria hacia EE.UU., las tasas salariales aumentaron en este país y disminuyeron en Europa. No es la insensibilidad de los capitalistas europeos, sino la política laboral de EE.UU. (y de Australia y otros países extranjeros) la responsable de la dimensión de la brecha entre las tasas salariales que existen en Europa y en los países de ultramar. Después de todo, los trabajadores de la mayoría de los países europeos siguen la misma política de no dejar entrar a los competidores

(2) Esta disertación ante los industriales alemanes fue pronunciada en 1931. extranjeros. También ellos restringen e incluso prohíben la entrada de los trabajadores extranjeros a sus países, para así proteger la política sindical destinada a mantener el nivel de las tasas salariales.

6. El proceso del progreso

Según una doctrina popular la "racionalización" (3) es responsable del desempleo. Como resultado de la "racionalización", una "racionalización" prácticamente universal, aquellos trabajadores que no pueden encontrar empleos en ninguna parte pasan a ser excedentes.

"Racionalización" es un término moderno que se ha empezado a usar hace poco tiempo. El concepto, sin embargo, no es nuevo. El empresario capitalista se esfuerza continuamente por lograr una producción y una comercialización eficientes. Ha habido épocas en que el curso de la "racionalización" fue relativamente más turbulento que en los últimos años. El proceso de "racionalización" tuvo lugar en gran escala cuando el herrero fue reemplazado por los talleres siderúrgicos y de laminado, el hilado y la tejeduría manual por los husos y telares mecánicos, la

diligencia por la máquina de vapor, etc., aun cuando en ese entonces no se conocía la palabra "racionalización" y no había funcionarios, juntas asesoras ni comisiones que prepararan informes, programas y teorías como los que apoyan hoy en día la revolución tecnológica.

El progreso industrial deja inevitablemente sin trabajo a cierto número de asalariados. Siempre ha habido personas miopes que, temiendo que los trabajadores desocupados no encuentren empleo, trataron de detener el progreso. Los trabajadores siempre se han resistido a los mejoramientos técnicos y siempre ha habido escritores que han justificado esta oposición. Cada aumento de la productividad del trabajo se llevó a cabo a pesar de la firme resistencia de los gobiernos, los "filántropos", los "moralistas" y los trabajadores. Si la teoría que atribuye el desempleo a la "racionalización" fuese correcta, entonces 99 de cada 100 trabajadores habrían quedado sin trabajo hacia fines del siglo xix.

(3) Véase nota de p. 218.

Los obreros despedidos por la introducción de nuevas tecnologías industriales encuentran empleo en otros puestos creados por las nuevas ramas de la industria. Como consecuencia de la "racionalización", aparecen en el mercado nuevos artículos de consumo producidos por esos trabajadores. Actualmente, este proceso se ve obstaculizado por el hecho de que aquellos obreros que quedan sin trabajo reciben el seguro de desempleo, y por lo tanto no consideran necesario cambiar de ocupación y de lugar de trabajo con el fin de encontrar empleo nuevamente. El desempleo se ha convertido en un fenómeno duradero no por causa de la "racionalización", sino porque los desocupados no se ven forzados a buscar un nuevo trabajo.

B. DECLINACIONES DE LOS PRECIOS Y SOSTENES DE LOS PRECIOS

1. El subsidio de los excedentes

La oposición a que el mercado determine los precios no se limita a las tasas de salarios y a las tasas de interés. Una vez que se adopta la posición de no permitir que la estructura de los precios del mercado ejerza su efecto sobre la producción, no hay razones para que no se aplique la misma política con los precios de los artículos primarios. Si bajan los precios del carbón, del azúcar, del café o del centeno, esto significa que hay más demanda de otros productos. Como resultado de la declinación de dichos precios, algunas empresas, que producen estos artículos, no resultan rentables y se ven obligadas a reducir la producción o a cerrar sus puertas. El capital y la mano de obra que han quedado inactivos se trasladan entonces a otras ramas de la economía para producir artículos cuya demanda es mayor.

Sin embargo, la política interfiere una vez más. Trata de obstruir el ajuste de la producción a los requerimientos del consumo, acudiendo en ayuda del productor que se ha visto perjudicado por las reducciones de precios.

En los últimos años, los métodos capitalistas de producción se han aplicado cada vez más extensivamente a la producción de materias primas. Como siempre, allí donde prevalece el capitalismo, el resultado ha sido un extraordinario aumento de la productividad. La producción de cereales, frutos, carne, caucho, lana, algodón, petróleo, cobre, carbón, minerales, etc., es mucho más abundante ahora que antes de la guerra y durante los primeros años de la posguerra.

Sin embargo, no hace mucho tiempo los gobiernos creían que tenían que idear métodos y medios para aliviar la escasez de materias primas. Cuando, sin ninguna ayuda por parte de ellos, llegaban los años de abundancia, los gobiernos intervenían inmediatamente para impedir que esta riqueza ejerciera pleno efecto sobre el bienestar económico. El gobierno brasileño quiere impedir la caída del precio del café con el objeto de proteger a los dueños de las plantaciones que trabajan en suelos más pobres o con menos capital, los cuales, de lo contrario, se verían obligados a disminuir o a abandonar sus cultivos. El gobierno norteamericano, que es mucho más rico, procura detener la caída del precio del trigo y de muchos otros productos porque quiere relevar al agricultor que trabaja en suelos más pobres de la necesidad de adecuarse a las nuevas condiciones desfavorables o abandonar su empresa.

Enormes sumas de dinero se utilizan en todo el mundo en intentos completamente infructuosos de prevenir los efectos de las mejoras introducidas en la producción capitalista. Se gastan inútilmente miles de millones de dólares para mantener los precios y subsidiar directamente a aquellos productores que son menos capaces de competir. Muchos miles de millones adicionales se emplean indirectamente para alcanzar las mismas metas a través de aranceles proteccionistas y otras medidas similares que obligan a los consumidores a pagar precios más altos. El propósito de todas estas intervenciones -que al elevar tanto los precios permiten que sigan operando productores que de lo contrario serían incapaces de hacer frente a la competencia- no se alcanza nunca. Sin embargo, como resultado de todas estas medidas, las industrias de procesamiento, que utilizan capital y mano de obra, demoran la adecuación de sus recursos a las nuevas ofertas de las materias primas producidas. Por lo tanto, el incremento de los artículos primarios representa fundamentalmente una dificultad y no un mejoramiento de los niveles de vida. En lugar de ser una bendición para el consumidor, la riqueza se convierte para él en una carga, si debe solventar las intervenciones del gobierno pagando impuestos y aranceles más altos.

2. La necesidad de los reajustes

El cultivo del trigo en Europa central se vio en peligro por el aumento de la producción de ultramar. Incluso si los agricultores europeos fueran más eficientes, más hábiles en el manejo de los modernos métodos de labranza y dispusieran de más capitales, incluso si la estructura industrial prevaleciente no estuviera constituida por empresas pequeñas y antieconómicas que impiden el incremento de la productividad, estos establecimientos agrícolas que trabajan en suelos menos fértiles y con condiciones climáticas menos favorables no podrían competir con los sembradíos de trigo de Canadá. La Europa central debe reducir el cultivo de granos, así como redujo la cría de ganado lanar décadas atrás. La infructuosa lucha contra los suelos más fértiles de América ha costado ya millones de dólares despilfarrados inútilmente. El futuro de la agricultura de Europa central no está en el cultivo de cereales. Dinamarca y Holanda han demostrado que la agricultura puede existir en Europa aun sin la protección de aranceles, subsidios y privilegios especiales. No obstante, la economía de Europa central dependerá en el futuro, aun en mayor medida que antes, de la industria. A esta altura es fácil comprender el hecho paradójico de que el aumento de la producción de materias primas y alimentos termine por ser perjudicial. Las intervenciones de los gobiernos y de los grupos privilegiados, que procuran obstaculizar el ajuste del mercado a la situación creada por las nuevas circunstancias, significan que una cosecha abundante puede ser un infortunio para todos. En las últimas décadas, en casi todos los países se intentó aplicar altos aranceles proteccionistas con el fin de que las pequeñas y medianas empresas pudieran alcanzar su independencia (autarquía) económica. Se invirtieron enormes sumas de dinero en plantas industriales para la fabricación de

productos que no tenían demanda en el mercado. El resultado es que en la actualidad somos ricos en estructuras físicas cuyas instalaciones no se pueden explotar plenamente y quizá ni siquiera se puedan utilizar.

El resultado de todos estos esfuerzos para invalidar las leyes que el mercado impone para la economía capitalista es, en resumen, el persistente desempleo de muchos millones de trabajadores, falta de rentabilidad de la agricultura y de la industria y fábricas ociosas. Como corolario de todos estos problemas, las controversias políticas se han agravado considerablemente, no sólo dentro de los países sino también en las relaciones internacionales.

C. POLÍTICA IMPOSITIVA

1. La mentalidad anticapitalista

La perniciosa influencia de la política sobre la economía trasciende las consecuencias de las medidas intervencionistas que acabamos de examinar.

No es necesario mencionar las políticas de movilización del gobierno, las continuas controversias que emergen constantemente de los conflictos nacionalistas en las comunidades multilingüísticas y el desconcierto causado por la confusa verborragia de ministros y partidos políticos. Todos estos factores crean intranquilidad. Por lo tanto, pueden agravar *indirectamente* la situación de crisis, y sobre todo el desasosiego del mundo de los negocios.

La política financiera, sin embargo, opera *directamente*.

El porcentaje del ingreso de la población que el gobierno extrae para hacer frente a sus erogaciones, aun sin tener en cuenta los gastos militares, aumenta sin cesar. Prácticamente no hay ningún país europeo que no dilapide enormes sumas de dinero en emprendimientos económicos nacionales y municipales que están, en gran medida, erróneamente planificados. En todas partes vemos gobiernos que se hacen cargo de nuevas tareas cuando apenas son capaces de cumplir de manera satisfactoria sus verdaderas obligaciones. En todas partes la burocracia crece desmedidamente y, en consecuencia, aumentan los impuestos. En una época en que se discute en todo el mundo la necesidad de reducir los costos de producción, se imponen nuevos gravámenes a la producción. Por consiguiente, la crisis económica es también, al mismo tiempo, una crisis de las finanzas públicas, que no podrá ser resuelta si no se lleva a cabo una completa revisión de las operaciones gubernamentales.

Según un punto de vista ampliamente difundido, que predomina hoy en día en la opinión pública, los impuestos a la riqueza son inocuos. De este modo, se justifican todos los gastos del gobierno, siempre que los fondos para solventarlos no se obtengan mediante impuestos al consumo masivo o a los ingresos de la población. Esta idea, que es sin duda responsable de la manía del gobierno de entregarse a gastos extravagantes, ha sido la causa de que quienes están a cargo de la política financiera del gobierno pierdan completamente la sensibilidad para detectar las verdaderas necesidades de la economía. Gastar una gran parte del ingreso de la población en proyectos insensatos --con el fin de llevar a cabo inútiles operaciones para sostener los precios, acometer la infructuosa tarea de apoyar con subsidios a empresas improductivas que de lo contrario no podrían sobrevivir, cubrir las pérdidas de empresas públicas que no arrojan beneficios y financiar el desempleo de millones de personas--- no se justificaría aun si los fondos para cumplir estos propósitos se recaudaran de manera tal que no agravaran la crisis. Sin embargo, la política

impositiva apunta principalmente o incluso en forma exclusiva a gravar las utilidades sobre el capital y el capital mismo. Esto conduce a una retracción de la formación de capitales y aun, en muchos países, a la destrucción del capital. Sin embargo, este problema no concierne sólo a los capitalistas, como se supone generalmente. Cuanto menor es, desde el punto de vista cuantitativo, la relación capital/trabajadores, menores serán las tasas salariales que se desarrollan en el mercado liberal libre. Por lo tanto, también los trabajadores se ven afectados por esta política.

A causa de la legislación impositiva, los empresarios se ven obligados con frecuencia a manejar sus negocios contrariando los dictados de la razón y el sentido común. Como resultado, la productividad disminuye y lo mismo ocurre con la provisión de bienes para el consumo. Como es de suponer, los capitalistas no quieren invertir sus capitales en países donde los impuestos son excesivamente altos, y se dirigen a otros lugares donde rigen contribuciones más bajas. Por esta razón, resulta más difícil que el sistema de producción pueda ajustarse a las cambiantes pautas de la demanda económica.

La política financiera no crea, evidentemente, la crisis, pero contribuye de manera sustancial a agravarla.

D. LA PRODUCCIÓN DE ORO

1. La declinación de los precios

Una teoría popular atribuye la crisis a la insuficiencia de la producción de oro.

El error básico de esta teoría radica en que equipara la caída de los precios con la crisis. El lento y firme descenso de los precios de todos los bienes y servicios podría explicarse por la relación con la producción de oro. Los empresarios se han acostumbrado a una relación de la demanda y la oferta de oro de la cual emerge, como una tendencia secular (continua), un lento y firme aumento de los precios. Sin embargo, con igual facilidad podrían haberse avenido a algún otro ordenamiento, y sin duda lo habrían hecho si los desarrollos hubieran determinado que era necesario hacerlo. Después de todo la característica más importante del empresario es la flexibilidad. El hombre de negocios puede operar con ganancia aun si los precios tienden a seguir un curso descendente, y en tales casos también pueden mejorar incluso las condiciones económicas.

La brusca declinación de los precios a partir de 1929 no fue generada evidentemente por la situación de la producción, aurífera. Por otra parte, la producción de oro no tiene nada que ver con el hecho de que la declinación de los precios no es universal, y tampoco se relaciona específicamente con los salarios.

Es cierto que existe una estrecha conexión entre la cantidad de oro producida y la formación de los precios. Por suerte, esto ya no se discute. Si la producción de oro hubiera sido considerablemente mayor de lo que fue en los últimos años, se habría podido moderar e incluso impedir la caída de los precios. Sin embargo, sería erróneo suponer que en tal caso el fenómeno de la crisis no se habría producido. Los intentos de los sindicatos de elevar los salarios hasta un nivel superior al que habrían tenido en un mercado no controlado y los esfuerzos de los gobiernos para aliviar las dificultades de diversos grupos de productores no tienen nada que ver con el hecho de que los precios reales del dinero sean más altos o más bajos.

Los sindicatos ya no luchan por el alza de los salarios de bolsillo sino por la de los salarios reales. Los productores de trigo, centeno, café, etc., no se ven obligados a pedir la intervención del gobierno debido a los precios bajos, sino por la falta de rentabilidad de sus empresas. Sin embargo, dicha rentabilidad no sería mayor aun si los precios fuesen más altos. En efecto, si la oferta de oro

se hubiera incrementado, no sólo habrían aumentado o serían proporcionalmente más altos los precios de los artículos que las empresas en cuestión producen o quieren vender, sino que también habrían aumentado los precios de todos los bienes incluidos en sus costos. También aquí, como sucede en cualquier inflación, un aumento de la oferta de oro no afecta a todos los precios al mismo tiempo, ni en la misma medida. Ayuda a algunos grupos económicos y perjudica a otros. Por lo tanto, no hay razones para suponer que un aumento de la oferta de oro debe, en su caso particular, mejorar precisamente la situación de aquellos productores que ahora tienen motivos para quejarse de la falta de rentabilidad de sus empresas. Podría darse el caso de que su situación no sólo no mejorara; podría incluso empeorar.

El error de equiparar la caída de los precios con la crisis y de considerar que la causa de esta crisis es la producción insuficiente de oro resulta especialmente peligroso. Conduce a pensar que la crisis podría superarse aumentando los medios fiduciarios en circulación. Por lo tanto, se pide a los bancos que estimulen las actividades comerciales mediante la emisión adicional de moneda y la expansión adicional del crédito. De este modo, en un principio puede generarse un "boom" pero, como ya hemos visto, este período de prosperidad debe conducir finalmente a un colapso de la actividad comercial y a una nueva crisis.

2. La inflación como "remedio"

Resulta verdaderamente asombroso que personas sinceras puedan solicitar dichos estímulos o prestarles apoyo. Todos los argumentos posibles en favor de dicho esquema ya han sido invocados cientos de veces y refutados por completo. Sólo hay un argumento nuevo, aunque no por eso menos falso, según el cual las tasas salariales más altas que las establecidas en un mercado no controlado pueden llevarse a una relación apropiada mediante el "remedio" de la inflación. Este argumento demuestra cuán grande es la preocupación de nuestros economistas políticos por evitar todo roce que pueda disgustar a los sindicatos. Aunque no pueden menos que reconocer que las tasas salariales son demasiado altas y deben ser reducidas, no se atreven a exigir abiertamente el cese de esas sobretasas. En cambio, recurren a una treta para ganarles la partida, en cierto modo, a los sindicatos. Proponen que el salario nominal efectivo se mantenga fijo durante la inflación por venir. En efecto, esto equivaldría a reducir el salario real. Presupone, por supuesto, que los sindicatos se abstendrán de plantear nuevas demandas salariales durante el "boom" consiguiente y que, en cambio, permanecerán pasivos mientras sus tasas salariales reales se deterioran. Aun si esta expectativa optimista enteramente injustificada fuese aceptada como cierta, nada se ganaría con ello. Un "boom" provocado por medidas de política bancaria debe conducir a la larga a la crisis y la depresión. Por lo tanto, con este método el problema de la reducción de las tasas salariales no se resuelve. Simplemente se pospone.

Sin embargo, considerando todos los factores, muchos podrán pensar que es conveniente demorar la inevitable confrontación con la política sindical. Pero quienes así piensan ignoran el hecho de que con cada "boom" artificial se invierten desacertadamente (y por consiguiente, se despilfarran) grandes sumas de capital. Cada disminución del stock de capital de la sociedad debe conducir a una reducción de la tasa salarial "natural" o "estática". Por consiguiente, posponer la decisión representa para las masas costos muy altos y, por otra parte, dificultará aun más la confrontación final, en lugar de facilitarla.

IV. ¿Hay una salida?

1. La causa de nuestras dificultades

Las graves convulsiones de la economía son el resultado inevitable de políticas que obstaculizan la actividad del mercado, ese regulador de la producción capitalista. Si se hace todo lo posible para impedir que el mercado cumpla su función como equilibrador de la oferta y la demanda, no es extraño que persista una profunda desproporción entre oferta y demanda, que los productos primarios no se vendan, que las fábricas permanezcan ociosas, que haya muchos millones de desocupados, que la miseria y las privaciones aumenten y que, por último, a raíz de todos estos males, el extremismo destructivo se propague en forma incontrolable en el escenario político.

Las periódicas crisis de cambios cíclicos en las actividades comerciales son el resultado de los intentos, emprendidos reiteradamente, de rebajar las tasas de interés que se desarrollan en un mercado no controlado. Estos intentos se llevan a cabo mediante la intervención de la política bancaria -es decir, recurriendo a la expansión del crédito a través de la creación adicional de billetes de banco y depósitos de cheques que no tienen un cien por ciento de respaldo oro--, con el objeto de producir un "boom". La crisis que ahora estamos sufriendo es también de este tipo. Sin embargo, va más allá del típico ciclo de depresión económica, no sólo por su magnitud sino también por su carácter, porque las interferencias en los procesos del mercado que provocaron la crisis no se limitaron únicamente a influir sobre la tasa de interés. Las intervenciones también afectaron directamente a las tasas salariales y a los precios de los productos primarios.

Con la instauración de la crisis económica resulta evidente el fracaso de la política intervencionista, política que es seguida hoy por todos los gobiernos, prescindiendo de que sean responsables ante sus parlamentos o que gobiernen abiertamente como dictaduras. Esta catástrofe no debe sorprendernos. La teoría económica ha vaticinado hace mucho tiempo las consecuencias que tendría dicho intervencionismo.

El sistema económico capitalista, esto es, el sistema social basado en la propiedad privada de los medios de producción, es rechazado hoy unánimemente por todos los partidos y por todos los gobiernos, pero no existe un consenso similar con respecto al sistema económico que podría reemplazarlo en el futuro. Muchos, aunque no todos, miran al socialismo como la meta. Rechazan con empecinamiento los resultados del examen científico de la ideología socialista, que han demostrado la inviabilidad del socialismo. Se niegan a sacar enseñanzas de las experiencias dejadas por el socialismo en Rusia y en otros países europeos.

2. La solución no deseada

En lo concerniente a la función de la política económica actual, existe, sin embargo, completo acuerdo. La meta es un ordenamiento económico que representa una solución de compromiso, una solución "a mitad de camino" entre el socialismo y el capitalismo. Sin duda alguna, no se intenta abolir la propiedad privada de los medios de producción. Se permitirá que ésta subsista, aunque dirigida, regulada y controlada por el gobierno y por otros agentes del aparato coercitivo de la sociedad. Con respecto a este sistema de intervencionismo, la ciencia de la economía señala, con lógica incontrovertible, que es contrario a la razón, que las intervenciones nunca podrán cumplir las metas que sus defensores esperan alcanzar y que cada intervención tendrá consecuencias no deseadas por nadie.

El orden social capitalista adquiere sentido y propósito a través del mercado. Obstaculizar las funciones del mercado y la formación de los precios no contribuye al orden. Por el contrario, conduce al caos, a la crisis económica.

Todos los intentos destinados a emerger de la crisis recurriendo a nuevas medidas intervencionistas son completamente engañosos. Hay un solo medio para salir de la crisis: abandonar todo intento de prevenir el impacto de los precios del mercado sobre la producción. Cesar en la búsqueda de políticas que tratan de establecer tasas de interés y precios de los productos primarios diferentes de aquellos determinados por el mercado. Esta política económica puede estar en pugna con las opiniones prevalecientes. Sin duda no es popular. Hoy en día todos los gobiernos y los partidos políticos tienen plena confianza en el intervencionismo y es poco probable que abandonen sus programas económicos. Sin embargo, quizá no seamos demasiado optimistas al suponer que esos gobiernos y partidos cuyas políticas provocaron la crisis actual desaparecerán algún día de la escena política y darán paso a hombres cuyos programas económicos conduzcan, no a la destrucción y al caos, sino al desarrollo y al progreso económicos.